

El interés por la educación de los españoles (adultos y ancianos también) no nos aparta del todo de la escuela. A lo peor es ella la que se aparta de la vida, ¡enorme error! Aunque da vértigo asomarse a este panorama hispano...

DESCIFRAR EL AMBIENTE ESPAÑOL

José Luis Corzo (M)

Un aviso

Fuera del ambiente social no hay educación que valga. Ya lo sabíamos todos, ¿no? Bueno, malo o regular que sea, hay que contar con él. Y la cuestión no es si nos enseña algo o si nos da buenos o malos ejemplos, sino que él cuenta con nosotros y – lo sepamos o no – nos amaestra y nos zarandea, porque nos provoca y nos desafía a responder a cada paso. Y justo ahí, en la respuesta, o en su omisión, es donde se modela nuestra personalidad mientras vivamos. A eso lo llamamos **educación** en esta revista (más con el Paulo Freire explícito, que con el Lorenzo Milani en esto más implícito). La educación se produce mientras la vida dura; y por eso cambia la gente: hay quien se hace insoportable con el tiempo o, al contrario, se vuelve encantador...

Las escuelas son instituciones muy peligrosas, porque son capaces – cuanto más cretinas – de aislarse del ambiente general y crearse uno particular, un mundillo aparte. Me ha costado mucho entender por qué tantos “educadores” están como “en Babia”, en otro mundo... Suele verse entre los religiosos y las religiosas de la enseñanza – tan abundantes en nuestro país hasta hace poco – pero también entre los laicos. Destaca enseguida el profesor que vive en este mundo.

Entre las consecuencias sobre los alumnos salta a la vista la más inocua: cuando acaban el colegio o el instituto cambia todo absolutamente. Y hasta lo explican como lo más normal: “¡empiezan a vivir!”. – ¡Toma! ¿y antes no? – No, antes se preparaban para la vida... – Ah!, por eso siguen así en la universidad...

La educación *iniciática* de las culturas tradicionales era muy distinta, antes de que el estado moderno hiciera obligatoria la *instrucción* – cosa muy distinta de la *educación*, que debería

haberse asegurado en otros ámbitos. ¡Pobre de quien no las distinga!, sea padre, madre, alumno o profesor. Tales culturas, más rurales, no retenían aparte más que a los niños pequeños, y la pubertad marca la fecha – más precisa en las chicas que en los varones – de su entrada en la vida social y adulta. Si por nuestro sistema escolar fuera, los jóvenes no saldrían a la vida hasta lograr un título superior. No es extraño que el “planeta joven” sea tan cerrado y casi incomprensible para los adultos. *No hay quien los entienda*, viven en su mundo, su ambiente no es el nuestro... todavía.

El genio pedagógico de Milani consistió en hacer llegar hasta Barbiana – en el monte, sin luz ni carretera ni teléfono... – el ambiente social de Italia ¡y del mundo! Nada que ver con aprender los programas escolares oficiales, que, como notaron los barbianeses en su *Carta a una maestra*, (hará 50 años en 2017):

“Aquella profesora se había parado en la I Guerra Mundial. Exactamente en el momento en que la escuela podría enlazarse con la vida. Y en todo el año jamás leyó un periódico en clase...”

Y en la escuela española, ¿no caló la prensa, o sus portales actuales? Porque hubo una vez un programa ministerial para introducirla..., que se habrá ido por los desagües de estas ocho últimas Leyes de Educación. ¡Qué desastre! ¡Con lo fácil que hubiera sido en democracia estudiar la política en la escuela! Bastaba con arbitrar bien la neutralidad del maestro en el aula (que no el disimulo)..., pero se prefiere el silencio. De la actualidad, muchos profesores seleccionan sólo lo bueno, útil y ejemplar y descartan lo ambiguo y lo conflictivo, o sea, todo.

* * *

Es muy compleja hasta la superficie

El ambiente social español que tratamos de conocer no se deja ver a la primera; de hecho, no se identifica con una determinada situación **política**, ni con el contenido dominante en los Medios de comunicación social (MCS), ni con la situación **económica** del país, ni con su **historia** más o menos reciente..., aunque todo ello cuente mucho. Tampoco equivale al nivel **académico** escolar y universitario... ni al influjo social de ciertos **problemas** o sectores tan importantes como el **religioso**, el **financiero**, el mundo **obrero** o **patronal**, el **ejército** o las alianzas **internacionales** con Europa y otros países.

Hay **ejemplos** de ello muy significativos: nueve meses sin lograr formar un gobierno – con esta clase **política** y sus rencillas diarias – influye, y mucho, en el estado de ánimo de los ciudadanos. Su vivencia del colapso democrático forma parte, sin duda, de su flujo vital individual y colectivo, que (con Freire) nosotros llamamos *educación*. Probablemente en muchos españoles macera la decepción; en otros, eso tan hispano que llamamos cainismo: odio

hasta matar al hermano por rojo o por azul. Porque la **historia reciente** – a sólo 80 años del golpe de estado contra la II República – también influye mucho en nuestra educación colectiva, reforzada por los 40 años de franquismo. Ni siquiera lo hemos resuelto con una tardía *Ley de la memoria histórica*, tan disputada.

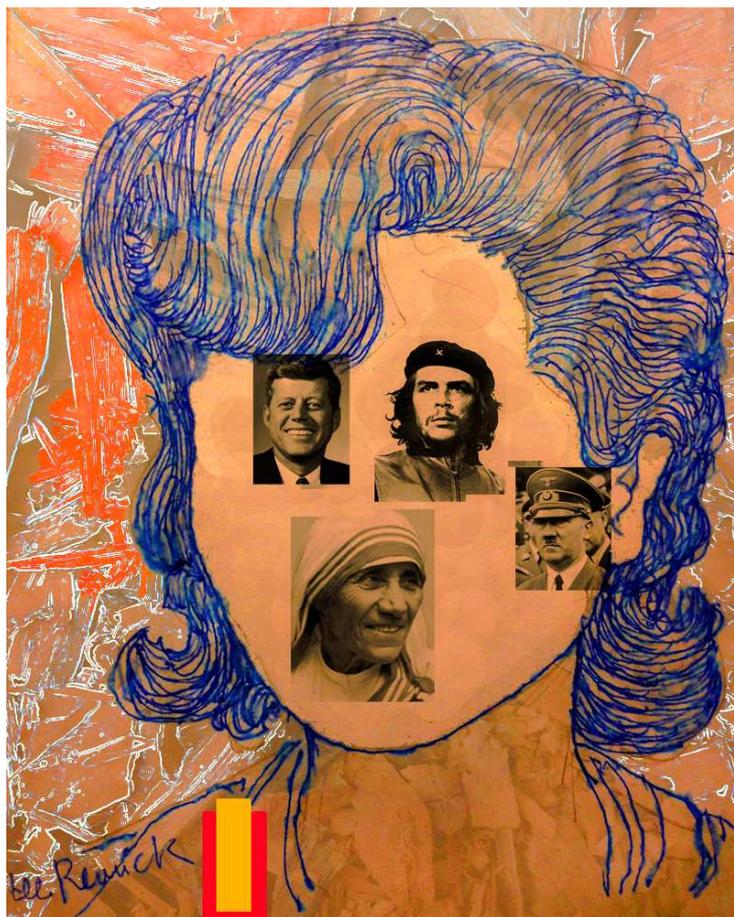
La prensa, radio, televisión... (los **MCS** tradicionales) están presentes en todas las casas con su programación (pública o privada) de información o de entretenimiento, con su nivel cultural, su insistencia y sus omisiones; nos espolean a diario y – lo sepamos o no – reaccionamos a “lo que nos dan” en el momento y después. Los medidores sociológicos de los MCS saben decirnos de qué ingredientes se compone nuestro alimento audiovisual y en que proporción: deporte, tertulianos, noticiarios, etc.

En esos medios se cocina nuestra percepción de los principales **problemas** de los españoles. Así lo demuestra la encuesta oficial y mensual del Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS), organismo oficial desde 1963, que mide nuestra respuesta emotiva al entorno social. En cierta forma, ese baremo reactivo podría sustituir este artículo y señalar los puntos que debemos trabajar para madurar más y mejor. Por ejemplo, en julio de 2016 y de más a menos, según el CIS, nos preocupaba:

El paro, a un 74'6% de la población, lo que más; luego, la corrupción y el fraude (43'4%), la economía (22'8%), los políticos y sus partidos (19'4), la sanidad (12%), la educación (10'4%)... y, ya menos, otras cosas bien interesantes.

No insistiré en el poder formativo de la **economía** y del reparto social de la riqueza; nos proporciona bienestar, seguridad, igualdad... o todo lo contrario. Ahí está nuestra deuda externa que, a mitad de septiembre de 2016, suponía un 105% del producto interior bruto, es decir, debemos más que ganamos. Ahí está la pobreza





que mide Cáritas en los comedores sociales, o los desahucios y la desnutrición infantil que obligó a mantener comedores escolares hasta en vacaciones... La escasez deteriora mucho al que la sufre y, más aún (y sin saberlo) a quien la contempla y no reacciona desde la abundancia...

El pobre nivel **académico** español ya lo conocemos bien en esta revista, cuya raíz en Lorenzo Milani y en la Escuela de Barbiana nos enseñó hace mucho que, hasta del clero, tenía la obligación de reaccionar frente al fracaso escolar. ¿Qué pensar de quienes dedican sus escuelas a la competitividad académica, es decir, a dar ventaja clasista a unos pocos contra los demás? ¿Y pretenden que sus excelentes centros sean más educativos? La mala educación (al ignorar esa causa de la desigualdad) es evidente, frente a lo que mejora y aprende quien ayuda a los últimos; “les debo todo lo que sé”, decía Milani.

Lo **religioso** y la Iglesia española han tenido aquí un influjo social y educativo muy profundo, a lo largo de la historia anterior y posterior a la guerra civil. Su declive actual, tras

el auge del concilio Vaticano II hace 50 años (y que ahora renueva el papa Francisco), no es un ingrediente menor en la educación española, ya se esté a favor o en contra. Imposible analizarlo aquí; basta suscitar la reflexión...

El poder **financiero y patronal** junto al sindicalismo **obrero** son estímulos – o deberían serlo – fundamentales para bien o para mal en el crecimiento y la madurez personal y social. Conllevan la justicia y la igualdad de derechos y oportunidades, básicos en la maduración (o educación permanente) de cualquier persona. ¿O no es así?

La paz **internacional** y “sus” **ejércitos** se arman hoy con millones y millones de euros, libras, rublos, rupias, dólares... y parece que alimentan más la guerra de Oriente Medio, que la religión islámica. Son un desafío – positivo o negativo – para cualquier conciencia española que no esté en baba o secuestrada... ¿Por la escuela? ¿Sería un horror! ¿Es hoy posible madurar bien sin ser pacifista a los 12, los 20 o los 70 años? El desafío de los refugiados – no sólo de Siria, sino del África subsahariana – y de la raquítica respuesta oficial española y europea marcarán sin duda a nuestra generación... ¿Qué ocasión perdida de educar(nos) con ellos! ¡Qué España tan tonta jugando al nacionalismo, en vez de hacerse más solidaria con un mundo empobrecido tan cerca!

Y hay que bucear más al fondo

El ambiente español que nos educa es aún mucho más complicado, incluso para los sociólogos especialistas. Se nos ocultan muchos de sus ingredientes. Lo primero, pues, para abordarlo (y no sólo aquí) es renunciar ya al pleno acierto y desear con toda el alma conocerlo mejor. Que alerte esta inmersión nuestra sensibilidad y ya basta. Os propongo alguna cala en **el lenguaje social**, que desvela mucho del alma colectiva. Esta sugerencia os abre la revista para *hacer caso* y describir vuestro propio buceo.

Me fijo en cinco ideas, cuya apariencia verbal creo que suele engañarnos muchas veces. Me salto la confusión entre *educación* e *instrucción*, ya aludida en el aviso inicial y expuesta muchas veces:

1. **Debate** (y sus armónicos: razonamiento, diálogo, dialéctica...)
2. **Comunicación** (y su carencia, la

información)

3. **Democracia** (y su entorno: mayorías, votos...)
4. **Laicismo** (y sus caricaturas: anticlericalismo y materialismo).
5. **Símbolos** (y su engaño más dañino: signos, convenciones)

1. **Debatir**, dialogar, tratar de convencer en el foro, en el senado, en la plaza pública o en la mesa familiar era una tarea noble, profundamente humana – imposible para los animales – que los griegos y los romanos cultivaron mucho y nos legaron. Supone la certeza previa de que razonar es un privilegio sublime del ser humano que sirve para asomarse a la verdad, casi siempre oculta bajo apariencias y engaños. A su servicio ponían los antiguos la Gramática y la Retórica, pues discurrir bien, consigo mismo y con los otros, eran artes auténticas. Pues bien:

Llevamos sin gobierno en España desde diciembre del año 2015, tras 4 años de mayoría absoluta del Partido Popular, con Rajoy, y 8 más – a renglón seguido de aquel 11 de marzo de 2004, fecha del atentado de Atocha – con un gobierno socialista presidido por José Luis Rodríguez Zapatero. Mi memoria no logra recordar en el Parlamento durante estos 12 últimos años más que un constante impropio recíproco entre populares y socialistas – cifrado en el “y tú más” – que nos tiene hastiados hasta lo insoportable (y que ahora se prolonga con nuevos partidos). Temo que esa sublime cualidad humana se haya hundido bajo el aplastante rodillo de “la mayoría” y de las tretas vulgares de una gresca tabernaria. Hace mucho que los españoles no vemos ninguna dialéctica de calidad (y menos en las tertulias televisadas). Hablar no sirve para nada.

– ¿Qué idea del discurrir y el debatir podrá quedar en el inconsciente colectivo español tras un espectáculo social tan lamentable? ¿Podrá creerse alguien que hablar y razonar con los otros sea una maravilla y que el “sí, pero no, sinteticemos” sirva para algo? Ya no es cuestión del mal ejemplo, es que perder una herramienta humana tan maravillosa, con la que responder a cualquier desafío social, es gravísimo.

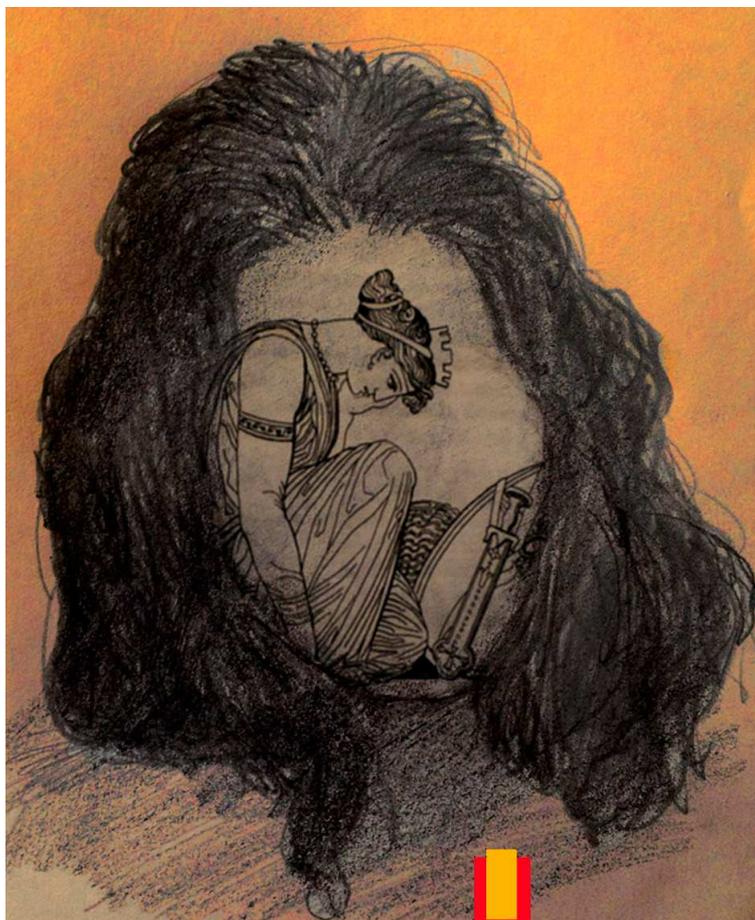
2. **Comunicar** no es lo mismo que informar o ser transparente, como exigimos a los que

mandan... Y esto vale para la política, para las empresas, las instituciones (hasta religiosas), la escuela y la familia. Los medios de comunicación social deberían llamarse medios de *información*. Porque comunicar es una conexión humana de ida y vuelta, mutua, recíproca: requiere saber escuchar y estimular la respuesta ajena.

– ¿Dónde se aprende hoy a comunicar? Puede que sólo nos quede la amistad, pero ¡ojalá que los móviles y su mensajería frenética fomenten un intercambio verdadero!

3. **Democracia** era la profunda aspiración de muchísimos españoles durante la dictadura. La veíamos cuando viajábamos por Europa y sabíamos que desde la antigua Grecia (y sus esclavos) había mejorado mucho con el sufragio universal. La recibimos con entusiasmo. Muchos sabíamos que no consistía en dar el poder al vencedor en las urnas, sino en poder escuchar en el Parlamento a las minorías que – aun sin ganar – tenían cosas importantes que decir.

– ¿No se ha convertido hoy la democracia



en un cálculo aritmético constante, tras 40 años de vencer los unos a los otros en el bipartidismo de rojos y azules? Yo siempre creí que era al enemigo al que había que invitar a cenar.

4. **El laicismo** significó hace mucho poder escapar de las interminables guerras de religión (entre cristianos, no frente al Islam) y respetar las convicciones de los grupos y de cada uno para alcanzar acuerdos en lo común. Francia lo adoptó a rajatabla. Nadie lo explicó mejor entre nosotros que Luis Gómez Llorente cuando proponía una “escuela pública laica”. Le han seguido otros en todos los terrenos, como el sociólogo Rafael Díaz Salazar y ciertos teólogos católicos... Pero no hay manera: en los dos extremos, hay quien traduce laico por antirreligioso y, según su bando, se apalean mutuamente.

– ¿No se podría evitar – en lo escolar – la larga aberración de regalar “los rojos” el Evangelio cristiano a “los azules”, y de esgrimirlo éstos como si fueran suyas las clases de religión? ¿Acaso Jesús de Nazaret no es patrimonio de la humanidad? ¿Cómo ignorar en la escuela el Islam, el Budismo...? La globalización mundial los requiere.

5. **Los símbolos** suelen confundirse con los signos (todo lo que representa otra cosa, como hacen las abreviaturas, los uniformes o las señales de tráfico), y no. Su pérdida sería una desgracia cultural y antropológica inmensa; aunque improbable, porque ni se crean ni se eliminan a voluntad. Nacen y renacen ellos solos entre nosotros para superar al pretencioso conocimiento “objetivo” y científico que es incapaz de apresar zonas como la persona humana, o la belleza, etc. Cada símbolo nos implica y – como un *boomerang* – retorna en busca nuestra tras llegar a su objeto; en esa bandera, ese gesto, cierta melodía, aquella fiesta... siempre nos conocemos mejor a nosotros mismos. Su materia – la tela, la mirada, la música, la jarana... – no los agota.

En esta España nuestra hay quien los agrade o se los quiere inventar nuevos. Dos ejemplos. Uno: prohibir las corridas de toros. Siempre hubo y habrá antitaurinos, pero prohibir un beso, un brindis, un himno, el burka... no debería ocurrírsele a nadie. Dos: inventar uniformes es fácil, pero lograr que simbolicen,

no. Algún diputado en mangas de camisa va de proletario, pero hasta los ujieres uniformados saben que es un profe, de carnaval. ¡Ni el hábito hace al monje!

– ¿No hay alguna simbólica que cuidar común a toda Europa? ¿Y entre las 17 autonomías? Mal asunto, si es que no, para lograr más unidad que la económica. ¿No habría que *acariciar las cosas, por si debajo hay símbolos?* [Cf. *Educar(NOS)* 7 (1999) 9-12].

En total

Si responder a los desafíos colectivos es lo que nos hace crecer y madurar, no se trata de elegir los buenos para compensar los malos; todo nos interpela y es mejor que nos aclaremos un poco las ideas.

Si
responder a los
desafíos colectivos es lo que
nos hace crecer y madurar, no
se trata de elegir los buenos para
compensar los malos; todo nos
interpela y es mejor que nos
aclaremos un poco las
ideas.

LA CULTURA ESPAÑOLA

Juan Pablo Fusi

“... El cambio que se ha producido en España resulta significativo. En 1900, por ejemplo, cultura era igual (o empezaba a ser igual) a modernismo y generación del 98; hoy cultura es sobre todo mercado y medios de comunicación. Hasta hace unas pocas décadas, cultura era un acto sustantivo de creación intelectual o artística; ahora es, en buena medida, publicidad, la venta de un producto.

No hablamos de una cuestión banal, menor. La historia de la cultura – escribió el escritor Barraclough en su difundidísima *Introducción a la historia contemporánea* (1964) – no es otra cosa que el estudio de los cambios que en nuestras actitudes humanas básicas se producen en el tiempo. El malestar actual que se percibe en la cultura española es, por tanto, expresión de algo mucho más profundo: revela cambios capitales en nuestras actitudes ante las cosas. Ése sería, lógicamente, el debate sustantivo que, desde mi perspectiva, requeriría la cuestión de la cultura en España. Porque otra cosa carece de interés; o eso creo”.

(en ABC 30.6.2001)